

Domingo XXIX T. O. (Ciclo B)

ÁNGEL ALMANSA RODRÍGUEZ

PARA TU REFLEXION

“El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir” (Mc 10, 45)

La ambición de poder ha sido siempre una de las grandes tentaciones del ser humano. Por él se manipula la verdad, se pisa la dignidad del prójimo, se apropia uno de lo ajeno e incluso se mata. Es la principal

fuerza de conflicto en nuestro mundo. Se lucha por controlar los bienes, las personas, las instituciones, los países e incluso las conciencias. Se ejerce con violencia o se disimula con guante blanco, pero cada uno quiere su cuota de control sobre algo.

El grupo de los seguidores de Jesús no está exento de este pecado. El evangelio de este domingo nos presenta una prueba de ello. Los discípulos aún no han entendido el sentido de la tercera tentación de Cristo en el desierto (Mt 4,8-9). Y por tanto, aún siguen sin entender su mesianismo: Dios ha optado por actuar en la historia desde el servicio. Contra toda lógica

humana, la empresa más ambiciosa con que la humanidad ha podido soñar -la redención de todos- , Dios la emprende desde abajo, desde los últimos.

Los misioneros han entendido esta espiritualidad.

La Palabra de la que son testigos ha de hacerse vida para ser creíble, para convertirse en Luz. La encarnación del Evangelio no crea dinámicas de poder sino de servicio desinteresado. La misión realizada en fidelidad al evangelio es servicio a la humanidad no sólo por sus obras a favor de los más débiles sino, ante todo, por ser portadora de la Palabra que redime y libera, pues no sólo de pan vive el hombre.

Benedicto XVI así lo ha subrayado en su última encíclica, Caritas in veritate, al desarrollar en ella una idea clave de la encíclica de Pablo VI Populorum progresio: "toda la Iglesia, en todo su ser y obrar, cuando anuncia, celebra y actúa en la caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre". (CV,11). Y es que cuando nos cerramos a la Palabra sólo entendemos el desarrollo como un incremento de tener y de poder. Cuando tenemos a Dios en el corazón somos conscientes de que crecemos en todas las dimensiones del ser humano o nos volvemos auténticos lobos para nuestros hermanos.

**Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real. España**